

Historia y método en el siglo XX



Coordinación

Pilar Gilardi y Martín Ríos



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Pilar Gilardi González y Martín Ríos Saloma
“Presentación”
p. 7-12

Historia y método en el siglo XX
Pilar Gilardi y Martín Ríos (coordinación)

México
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
(Serie Teoría de la Historia y la Historiografía 14)

Primera edición impresa: 2017

Primera edición electrónica en PDF: 2018

ISBN versión impresa 978-607-02-9836-3

<http://ru.historicas.unam.mx>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0
Internacional

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

2019: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Algunos derechos reservados. Consulte los términos de uso en <http://ru.historicas.unam.mx>.

Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Presentación

El volumen que el lector tiene entre sus manos es resultado del interés compartido por sus editores a propósito de la relación entre dos nociones fundamentales: *historia* y *método*. La reflexión sobre el vínculo entre estos dos conceptos implica, por un lado, situar en un aquí y un ahora, es decir, históricamente, lo que sobre historia y método se ha dicho en un determinado periodo de la historia, en este caso el siglo XX; por el otro, considerar, a nivel formal, si se quiere, filosófico, el significado mismo de los términos en cuestión. Estos dos modos de proceder, que de ninguna manera se excluyen, sí reflejan dos modos de pensar de forma distinta el sentido y la relación entre las nociones señaladas.

La diferencia en la manera de considerar este vínculo se hizo patente cuando el interés compartido se convirtió en un proyecto a realizar en forma de seminario. Gratamente pudimos constatar la pluralidad y la diversidad en las formas de estudiar y de comprender el sentido de los términos en cuestión. Y sin embargo, dentro de esta rica diversidad la reflexión giró alrededor de un punto en común: hablar de *historia* y *método* de ninguna manera implica proponer una suerte de instructivo que nos indique los pasos sobre cómo debe de procederse en determinada investigación histórica o filosófica. La idea de método que permea de distinta manera cada una de las reflexiones ofrecidas por quienes han colaborado en el ahora libro hace eco del origen etimológico del término: método proviene del vocablo griego *methodos*, que significa camino o vía para llegar a un fin.

La preocupación por el método no es nueva. Ya René Descartes en el siglo XVII había llamado la atención sobre la necesidad de fundamentar en un método infalible todo conocimiento que pretendiera considerarse científico. A esta fundamentación fueron llamadas tanto la filosofía como la historia. En el ámbito de esta última, Jean Mabillon y Jean Boland aceptaron el desafío de dotar a la historia

de una serie de procedimientos gracias a los cuales se pudiera demostrar la originalidad de la documentación utilizada y se verificara la información en ella contenida con el fin de establecer “la verdad”, inaugurando así la crítica histórica que sería perfeccionada por la escuela alemana en el siglo XIX y sistematizada por Charles Langlois y Charles Seignobos en su *Introducción a los estudios históricos* (1898). Sin embargo, la Gran Guerra barrió las certezas en las que se había fundado el “progreso” y en el ámbito de la historia surgieron nuevas reflexiones sobre el método ligadas al desarrollo de la sociología, la economía y la geografía, que acabarían cristalizando en el llamado de Bloch y Febvre de 1929. A finales del siglo XIX y principios del XX, en el horizonte de la filosofía, la importancia del método fue fundamental, por ejemplo en el pensamiento de Wilhelm Dilthey, quien había reparado en la necesidad de diferenciar el modo de proceder de las ciencias naturales y las ciencias del espíritu, y en la necesidad de dotar a estas últimas de un método propio. La preocupación por el método fue patente en la fenomenología, cuyo fundador, Edmund Husserl, no la concibió como una escuela filosófica o como doctrina, sino precisamente como el método filosófico por excelencia. La influencia de Dilthey y de Husserl en el pensamiento de Martin Heidegger, como es bien sabido, sería fundamental. El filósofo de Messkirch llevó a cabo una transformación de la fenomenología reflexiva de su maestro Edmund Husserl en la que sería conocida como fenomenología hermenéutica.

De tal manera, a partir de la década de 1930 y hasta los primeros años del siglo XXI, la preocupación por el método, llevada a cabo por historiadores y filósofos, ha sido una constante. Por ello, los especialistas invitados a participar en este volumen se han abocado al estudio de un autor perteneciente al siglo XX para quien la relación entre historia y método se constituyó en una cuestión fundamental en su pensamiento.

Así las cosas, este libro se ha articulado en torno a tres preguntas sencillas pero que encierran una enorme riqueza y complejidad: ¿cuáles fueron los planteamientos metodológicos desarrollados por algunos de los filósofos e historiadores más importantes del siglo XX en ambos lados del Atlántico? ¿De qué manera las propuestas teóricas que imperaban en la época en que dichos pensadores escribían

se reflejaron en sus propuestas metodológicas? ¿En qué medida el pensamiento de los autores analizados en el presente trabajo reflejó tales concepciones?

Los ocho textos que conforman el volumen —debidamente sometidos a una rigurosa evaluación por pares— han sido organizados en dos secciones; tal división responde al modo en el que los investigadores invitados han procedido en su análisis sobre el vínculo entre historia y método. La primera sección reúne textos trabajados desde la perspectiva filosófica; la segunda, desde la perspectiva historiográfica. De esta suerte, los estudios se presentan en orden cronológico no sólo por una cuestión de sencillez, sino por cuanto las ideas de la primera mitad del siglo XX —y sus contextos— desencadenarán reflexiones particulares en la segunda mitad de la centuria, generando debates y concatenaciones sumamente enriquecedoras.

No obstante, además de la ordenación señalada, pueden realizarse múltiples y diversas lecturas del libro que presentamos. En efecto, también puede llevarse a cabo una lectura a partir de los puntos en común entre los autores trabajados. De tal manera es posible establecer un vínculo entre el trabajo de Aurelia Valero y el de Martín Ríos sobre las propuestas de François Hartog y Marc Bloch, respectivamente, puesto que, aunque separados en el tiempo por casi medio siglo, ambos historiadores franceses hicieron del tiempo su principal objeto de análisis, lo que permitió al segundo formular su propuesta relativa a los “regímenes de historicidad” y al primero definir a la Historia como “la ciencia de los hombres en el tiempo”. Resulta asimismo interesante comprobar que el interés por la Edad Media —en el caso de Bloch— y en la historiografía antigua —en el caso de Hartog— fueran los puntos de partida hacia una reflexión mucho más amplia sobre el sentido de la historia, sus condiciones de posibilidad y su lugar en el conjunto de las ciencias sociales.

Por otra parte es interesante seguir el hilo conductor en el pensamiento de tres destacados *historiadores filósofos* o *filósofos historiadores* íntimamente vinculados, como José Gaos, Eduardo Nicol y Edmundo O’Gorman, quienes fueron contemporáneos tanto en tiempo como en espacio. En efecto, los tres vivieron en México entre 1930 y 1960; impartieron clases en la Universidad Nacional Autónoma de México, y mantuvieron un fructífero y, en ocasiones, acalorado

diálogo, fuertemente influido por la fenomenología hermenéutica de Martin Heidegger. De esta suerte, Roberto Fernández dedica sus páginas a desentrañar y revalorizar las propuestas de Eduardo Nicol en torno a la fenomenología resaltando, entre otros elementos, su cercanía con el pensamiento de Edmund Husserl —“más cerca de lo que él mismo estuvo dispuesto a reconocer” — y de Martin Heidegger, con quien compartía una “ontología de la historia cuyo método tendría que ser histórico y fenomenológico a la vez”. Por su parte, Pilar Gilardi presenta un trabajo dedicado a la presencia de la filosofía heideggeriana en el pensamiento de Edmundo O’Gorman, enfatizando el modo en que el historiador se vale del pensamiento del filósofo alemán para volver a pensar la ciencia histórica desde sus cimientos. Finalmente, Evelia Trejo expone algunas de las reflexiones de José Gaos a propósito de las relaciones entre historia y método a partir de las siguientes características de la personalidad del filósofo: su sensibilidad respecto de la historia, su propuesta para componer una historia de las ideas y su capacidad para observar el quehacer historiográfico. Además de lo anterior, la autora señala la amplitud de miras del filósofo asturiano y su preocupación por lo humano y por la vida.

Otra posible línea de lectura es aquella constituida por el problema de “La escritura de la historia”, que naturalmente remite a las propuestas de Michel de Certeau contenidas en su célebre texto. Fernando Betancourt es el encargado de desgranar el pensamiento del sabio jesuita iniciando con la definición que éste dio acerca de lo que debe entenderse por “seminario”, al que concibió como “un laboratorio común que permite a cada uno de los participantes articular sus prácticas y sus propios conocimientos”, pasando por un profundo análisis de la *operación historiográfica* y los problemas vinculados a la noción de “procedimiento” para concluir con una reflexión a propósito de la funcionalidad del saber moderno. Rebeca Villalobos, por su parte, explora las propuestas realizadas desde la orilla americana del Atlántico por Hayden White y elabora una crítica al uso indiscriminado de las propuestas del historiador norteamericano, al tiempo que considera *Metahistory* no sólo como un brillante estudio sobre la escritura de la historia en el siglo XIX, sino como un auténtico constructo filosófico que contribuyó a sentar las bases de la posmodernidad.

Una última propuesta de lectura — aunque desde luego el lector podría descubrir muchas más — es la de “La historia comparada”, que quiere ser un guiño a March Bloch, uno de los primeros historiadores que reflexionó sobre los límites y las posibilidades de la historia comparativa y que está representada por un sugerente y extenso capítulo firmado por Javier Rico, quien dedica varias páginas a analizar la manera en que diversas fuentes que conforman el bagaje del historiador articulan una forma de concebir la dinámica social en un fragmento del pasado humano y, de esta manera, permiten delinear el método a seguir. Tras este análisis, Rico compara las obras de dos autores que fueron fundamentales para la historiografía mexicana del siglo XX con el fin de demostrar su hipótesis: Luis Villoro y John Womack.

Seguramente los especialistas echarán en falta nombres de historiadores y filósofos importantes del siglo XX como Benedetto Croce, Hans-Georg Gadamer, Fernand Braudel, Paul Ricoeur, Georges Duby, Roger Chartier, Peter Burke, Carlo Ginzburg, Ernest Kantorowicz, José Antonio Maravall, José Luis Romero, Roger Collingwood, Edward Thompson, Eric Hobsbawm, Peter Brown, Reinhard Koselleck, Natalie Zemon Davis, Gabrielle Spiegel o Frank Ankersmit, por mencionar tan sólo algunos nombres importantes de allende y aquende... Al final hemos tenido que hacer una selección, como ocurre siempre en historia. Estas ausencias muestran, sin duda, que es necesario continuar por este derrotero y profundizar en la reflexión histórica y en el diálogo entre historia y filosofía.

Hoy, cuando la ciencia histórica se halla en crisis, cuando se intensifica el debate a propósito de los límites entre historia y memoria, cuando desde el Estado y la opinión pública se manipula a la historia con el fin de establecer “la verdad histórica” y cuando, en fin, el contexto de globalización e interconexión en el que vivimos nos invita a cambiar los parámetros de observación y a explorar las interrelaciones entre las escalas global, regional y local, es necesario reflexionar sobre los sustentos epistemológicos y metodológicos que hacen de la historia un saber particular y que la dotan de rigor científico y, en consecuencia, de validez y legitimidad. En este sentido, la obra colectiva que ofrecemos a los lectores interesados en estas

cuestiones quiere ser, en última instancia, una primera propuesta de conjunto.

Para cerrar estas páginas introductorias, los editores queremos externar nuestra gratitud, en primer lugar, a los propios autores, pues sus contribuciones han enriquecido sustancialmente esta línea de investigación, reflejando la pluralidad de posiciones teóricas y de maneras de entender el quehacer histórico que caracteriza a nuestra disciplina en el siglo XXI. En segundo término, al Instituto de Investigaciones Históricas y a todas las personas que hicieron posible que este volumen viese la luz de la imprenta, particularmente a Sandra Torres Ayala y Alberto Trejo Martín, quienes revisaron y homogeneizaron el aparato crítico y la bibliografía, contribuyendo de forma significativa a la aparición de la presente obra.

PILAR GILARDI Y MARTÍN RÍOS
Ciudad Universitaria, octubre de 2016